

terminado fuera de la vulva la abertura de sus ramas; despues se retira el instrumento. Con toda la mano, ó algunos dedos solamente, se imprime una rotacion al tumor y se repite la aplicacion de forceps, midiendo nuevamente en el mismo punto la abertura de sus ramas, y si la segunda resulta menor que la primera, preferible será proceder desde luego á su extraccion. Si, por el contrario, la segunda medida es mayor que la primera, entónces pueden repetirse las mismas maniobras, todas fáciles, hasta hallar la circunferencia más adecuada para la salida del tumor.

Con las precauciones enunciadas, terminaré diciendo, que la aplicacion del forceps, es método muy racional para la extraccion, cuando por su volúmen, estos tumores hacen difícil cualquier otro procedimiento.

México, Junio 6 de 1883.

---

## MEMORIA SOBRE EL TIFO.

PRESENTADA A LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO, CONFORME A LA CONVOCATORIA  
DE FECHA 26 DE ABRIL DE 1882.

---

Quæ ducere oportet quo maxime reput,  
eo ducere oportet per convenientes locos.  
Hip. Af. 21, seccion 1ª

El sistema nervioso es el que sufre de preferencia, en cuyo caso hay tendencia más y más pronunciada á la disminucion de la energia vital; *fiebre nerviosa, tifo, (febris nervosa, typhus)*. Hufeland. Manual de Medicina práctica.

### A LA MEMORIA DE MI AMADO PADRE.

Con la seguridad de no obtener el premio, dirijo á la Academia de Medicina de México esta Memoria, que contiene reflexiones en las que ha influido mucho una práctica civil de más de diez y ocho años. La utilidad que de su lectura pudiera sacarse será muy pequeña, á causa de lo que soy; pero siempre digna de consideracion, atendiendo á la buena voluntad que mueve la pluma para servir á la medicina nacional, que no pide necesariamente elegancia en el estilo, talento ó ingenio en la observacion, sino muy especialmente lealtad para exponer lo que ha recogido cada médico, por la experiencia, en el ejercicio de su profesion. La Medicina Nacional, mejor dicho, la Escuela Mexicana, cuando ya sea adulta, no habrá desdeñado, no despreciará el óbolo que uno por uno, desde hoy hasta entónces, le vayan dedicando el archiatra y el humilde médico de barrio, el catedrático y el profesor de aldea.

Si hoy no podemos contar con un regular conjunto de hechos, depende esta pobreza, que por desgracia ha caracterizado á la tierna Escuela Mexicana, de que los Profesores, con excepciones honrosas, por escapar de la crítica, por la falta del tiempo y del estímulo, por la carencia de recursos científicos, unos no quieren, otros no pueden contribuir con su contingente para la construcción del grande edificio nacional. Hoy somos franceses ó alemanes, según el gusto; todavía no podemos llamarnos mexicanos; pero si la indulgencia primero, alienta á los tímidos y después el estímulo atrae á los nobles ambiciosos, bien podemos esperar nuestra independencia. En cuanto á mí no me ha alentado el estímulo sino la indulgencia, que espero ántes que todo, y luego, la creencia en que estoy, de que ningún médico es disculpable de llevarse á la tumba lo que la experiencia le ha enseñado.

Es, pues, preciso é ineludible, que el médico concienzudo consigne en el libro de la experiencia lo que ha observado; así comenzó la Medicina. Si puede y se considera libre de exaltación en la imaginación, debe interpretar los fenómenos, teorizar, estudiar lo que ha presenciado y lo que le han transmitido los antepasados, hacer las comparaciones entre las diferencias y las semejanzas que se encuentran en las enfermedades presentes y anteriores que ha visto y las remotas que conozca por las descripciones, y entonces ya podrá escribir y servir en el presente y para lo futuro á la humanidad. Pero, desgraciadamente, hoy, no obstante que las plumas de médicos mexicanos llenan las páginas de periódicos, las monografías sobre enfermedades comunes en la República son muy contadas, y la bibliografía no puede ayudar al médico cuando quiere comparar entre su experiencia y la ajena. ¿Cuántos han escrito sobre el tifo, no teniendo en cuenta los artículos ligeros de periódico ni extractos de discusiones en las Academias, á pesar de que es una de las más graves preocupaciones del pueblo y del cuerpo médico mexicano? Montaña, Miguel Jimenez é Isidoro Olvera<sup>1</sup> en los tiempos que pasaron, y las Memorias que han sido remitidas en los últimos años á la Academia de Medicina por los Dres. Egea, S. Morales, Austasio Martinez, Montaña, etc. Esta manifestación no deseo que se tome como una crítica dirigida á los que se abstienen, ni á los que exigen mucho de quienes se atreven, es la exposición que hago de que cuento con pocos hechos ajenos del país y mucho ménos propios, para poder presentar un trabajo digno, y de que, si ahora llego con mi pequeñez á contribuir, lo hago con la convicción de que no mereciendo la honra prometida, se ignorará mi nombre, pero la humanidad aprovechará lo bueno que contenga este escrito. Esto lo digo con bienestar de mi conciencia, que es á quien quiero satisfacer: pasó ya el tiempo de afectarse por una ilusión perdida.

<sup>1</sup> Memoria sobre el tifo, dedicada por el Dr. Olvera á la Academia de Medicina.

El tifo, *tabardillo* en español, *matlazahuatl* (?) en mexicano, *fiebre* en el lenguaje vulgar, *fiebre pintada* en el año de 1813, es una enfermedad originada por un agente de naturaleza aún no definida, pero que las analogías y otras consideraciones hacen suponer que sea animal y nacido en el hombre, en sus productos orgánicos, ó en focos de descomposicion de materias animales. *Bacillus typhosus*, ú otro microbio, la causa del tifo, produce efectos semejantes, cuya evolucion dá á conocer que la enfermedad, además de que trastorna los fenómenos de nutricion, y me atrevo á decir, los fenómenos vitales, es la manifestacion de sucesos que indican una vida de séres que hacen presa del individuo afectado. El Sr. Pasteur ha puesto el dedo en esta parte de la Historia Natural de las enfermedades, que reinan en ó sobre el pueblo, en ó sobre los animales domésticos; pero sin querer quitarle la hermosa y admirable honra, que hoy, y en los siglos venideros hará glorioso su nombre, la realidad de los microbios como causas de las endemias y epidemias, de las enzootias y epizootias, fué prevista por el honrado y sabio Hufeland cuando decia, que el tratamiento radical de esas enfermedades, consistia en estirpar la raíz, para obligar así á caer por si mismos las flores y los frutos; y el eminente Trousseau ha tenido ántes la feliz idea de comparar á la evolucion de las enfermedades específicas y miasmáticas con la germinacion, y así estos pensamientos de dos grandes hombres, robustecen las doctrinas del sabio Pasteur. Lo que ya no tiene duda segun los trabajos de este ilustre profesor, lo que sospecharon Hufeland y Trousseau, lo que supusieron nuestros paisanos Maximino Rio de la Loza y José Galindo, respecto del cólera <sup>1</sup> es: que hay afecciones cuyas causas son del orden de que se ocupa la Historia natural médica, y que por analogía, el tifo, plaga de la mayor parte de la República Mexicana, es debido á un microbio, que hasta hoy no ha sido descubierto. Conocerlo, es decir, verlo y estudiar sus costumbres, sus medioas favorables de desarrollo, será más tarde el punto principal del estudio del tifo; hoy no nos es posible, ménos á mí, hablar sin conocimiento de causa, y seríis perder el tiempo, suponiendo teorías sobre tal asunto, y conformémonos con sospechar la existencia de un micro-organismo especial.

Si me es imposible describir el agente, algo se puede decir del miasma, antigua palabra que alienta al que tiene que hablar sobre la etiología de las enfermedades endémicas ó epidémicas, para exponer lo que sabe sobre las causas principales de ellas. Ya he dicho que el miasma tifoideo nace del hombre ó de sus productos corporales, ó de focos de descomposicion de materias animales, y toma mayor actividad, cuanto más miserable y triste, ó más hediondo y fermentescible es el foco en donde nace, se desarrolla y se reproduce. El pauperismo, el amontonamiento, forman focos generales que desparraman miasmas generales sobre los miserables anhelantes de aire puro; las calamidades públicas, son

1. Tomo I del "Observador Médico."

el pasto que robustecen á los miasmas, y éstos no encuentran resistencia en seres amilanados, humillados ó hambrientos; el terror de la epidemia, si no hace olvidar la guerra, la tiranía ó el hambre, agota las fuerzas físicas y morales, y la fiebre entónces, es el hervor más rápido que evapora en periodos más veloces la vida de los epidemiados; el matlazahuatl, verdadero tifo siderante casi quintaba á los aztecas que se veían sin dioses y no comprendían la religion nueva, desaparecían sus metales preciosos, no probaban con gusto los frutos de las semillas que tranquilamente habían sembrado y no llegaron á cosechar, que trabajaban desde la salida del sol hasta su ocaso fabricando casas cómodas, y reposaban, ó más ciertamente caían débiles y desnudos sobre el frío y duro suelo de miserables chozas! En 1813, sufrían los habitantes de la Nueva España, unos por la insurreccion, otros por el realismo, pérdidas de intereses, persecuciones, exaltacion en las pasiones políticas, y la fiebre pintada no respetaba ni á los indios, ni á los criollos, ni á los españoles. La guerra injusta de los norteamericanos se acompaña del tabardillo; la Reforma, la Intervencion; cada una diezaba los batallones contrarios bajo la influencia del tifo. . . . .

El hombre acostumbrado á trabajar, emprende en una época de su vida labores corporales ó mentales, que por extraordinarios, debilitan su constitucion, y aunque aparentemente no baja su robustez, las funciones de nutricion languidecen: un alimento detenido en un rincon del intestino<sup>1</sup> fermenta y descompone los jugos orgánicos, ó un producto de secrecion es aprisionado y tambien fermenta; tales son los focos de la auto-infeccion, resultando el tifo aislado y que por lo regular no se propaga. Pasan de tres los casos que he observado de tifóideos, que al parecer no han sido por contagio, ni han sacado la enfermedad de otro foco de infeccion, que han tenido el antecedente notable y dificilmente explicable de un cambio de carácter muy extraordinario, dos y tres meses ántes de caer, y tanto más digno de llamar la atencion, cuanto que ha tocado en individuos alegres y activos: *corazonada* le han llamado á esto las familias de los que han sucumbido; yo creo que una afeccion ó enfermedad ha allanado el camino á la que despues viene á matar al individuo; la melancolía era la manifestacion de la languidez de las funciones, de que ha resultado la alteracion de secreciones y excreciones.

¿El miasma contiene gérmenes de generacion espontánea, ó las celdillas que darán seres tifógenos existen siempre en las comarcas en las que la enfermedad es endémica y esperan en todos los casos de infeccion general, ó de auto-infeccion, las condiciones propicias en la atmósfera y en los individuos para entrar en actividad? Hoy es imposible decir nada positivo.

El Sr. Jaccoud expone un ejemplo del desarrollo de focos aislados de tifo: el del buque «La Giranda.» En México es frecuente encontrar esos focos únicos, y de esto hablaré despues al entrar á tratar de las causas que hacen nacer el

1 Muchos niños padecen el tifo infantil caracterizado por ausencia de manchas, por esta causa.  
Tomo XVIII.—26

agente tifógeno; ahora quiero fijar la atención sobre la historia natural de él, en cuanto sea posible.

Como en todas las enfermedades infecciosas y contagiosas, existe en el tabardillo un período de incubación, variable en los individuos atacados y por las circunstancias concomitantes; lo más común es, que ese período sea de uno á siete días; pero ya sea que una receptividad especial produzca una avidez para la absorción, ú otra causa una veloz actividad en la primera edad de los gérmenes tifógenos, éstos pasan del sopor de la ovulación, en los sitios de la economía todavía ignorados en donde sin duda se depositan, sin dar aún señales de su existencia en esta primera edad al funcionamiento de la vida especial de ellos en pocas horas, en esos casos no muy frecuentes respecto á lo que sucede en lo general. El Dr. V. me cuenta que en la epidemia de 1847 tuvo que entrar á la casa conocida con el nombre de «El Paraíso,» situada en la Plazuela de San Lázaro, que estaba llena de enfermos de tabardillo, y al regresar á su habitación, sintió un fuerte calofrío, principio de la fiebre que entonces padeció, y me asegura que tiene motivos para creer que no fué contagiado en otra parte, á no ser que haya aspirado el mal en la atmósfera notablemente infectada entonces. La cantidad de miasmas absorbida en una vez, puede tener influencia para que el período de incubación varíe, y tengo por cierto, que un foco grande, del que manan á todas horas gérmenes morbígenos verdes, permítaseme la palabra, y maduros, será muy probable que éstos si encuentran terrenos preparados se desarrollen más pronto que los otros que no están en sazón.

El miasma tifógeno, una vez dentro de la economía, tiene un período de *inocencia* que no perturba las funciones normales del individuo atacado, quien goza de una salud perfecta, no obstante tener ya adentro al enemigo, lo cual indica que el primer período de la existencia del miasma, ya sea que provenga de un foco ó de un enfermo, es de inercia, y además, es como los huevos de los animales inferiores ó las semillas de los vegetales, puede sin perder la virtud de desarrollarse, que le ha dotado la fecundación, permanecer tiempos indeterminados sin alterarse, mientras no encuentra condiciones propicias, y las que le rodean no sean contrarias á su conservación, y durante este período puede ser aspirado, absorbido y fijarse en el lugar que le conviene, sin ser aún un principio dañoso, deletéreo, sin que le convenga, en fin, el nombre de veneno, porque ni física, ni química, ni vitalmente ataca á la persona que ya lo posee; y si entonces pudiera ser expulsado de la economía, habría pasado por ella inocentemente sin haber dejado señales de su permanencia, ni de su paso.

Sobreviene el período de invasión en el tifo: los prodromos son los pequeños ó los grandes síntomas, según sea la fuerza del grito de alarma. Que la invasión padece, como la circulación, lo dan á entender los dolores contusivos, las pandiculaciones, los bostezos, el calofrío, la alteración del pulso: que la nutrición se trastorna lo sabemos por la anorexia, la sed, la poca transpiración, la

orina escasa, etc. Entónces el miasma dejó de ser inocente; la inercia de él se convierte en actividad y sucede la calentura, que indica que los portadores del oxígeno caminan velozmente, como si quisieran darlo pronto ántes que encuentren quien se los robe en perjuicio de los órganos; hay una exuberancia de vida; pero pasan las horas, y poco á poco se va notando que el individuo, á pesar de que su sangre riega más veces sus celdillas, sus tejidos, ninguno de estos prosperan, se agotan, como lo indica el posterior enflaquecimiento; el oxígeno sigue penetrando y el ácido carbónico se exhala, y sin embargo el carbono se acumula en la economía: llega el segundo período y siguiendo la circulacion acelerada, los órganos lejanos del centro se asfixian, tienden á enfriarse, cuando el termómetro indica en la axila una alza de calor arriba del grado normal, y es, que ántes que los que son dueños de todo, hay quien se apropia lo provechoso y reparte lo que daña, y desde el 5.º, 6.º ó 7.º dia hasta el 10.º ú 11.º, las petequias indican que los glóbulos rojos viven aprisa y pronto se descomponen, depositando sus destrozos en las grandes y chicas equimosis de la piel y de las entrañas. Hay, pues, quien viva dentro de la economía comiendo, bebiendo y respirando á costa del que le ha dado alojamiento.

Durante el primer septenario y parte del segundo, el tifo no pasa á los que están frente al enfermo, es decir, que el miasma no puede ni debe salir de las condiciones en las cuales se desarrolla y se robustece; pero llega el tiempo en que ya el tifoso es un foco de propagacion, cuya circunstancia indica, que como sucedió en el individuo que ahora lo reparte, le deja escapar con apariencia de inocencia, y el miasma reciente va á conducirse á donde ha de prender, de la misma manera, y así sucesivamente de paciente en paciente, hasta que otras condiciones intervienen para hacerlo más ó ménos tiempo improductivo ó indiferente, hasta otra formacion de focos infecciosos ó contagiosos. ¿Pero es que el miasma duerme y despierta, duerme cuando es inocente y despierta cuando perjudica? No; es que el miasma que entra hoy á una economía no es el mismo que saldrá dentro de pocos dias dormido y entra otra vez á despertar en una nueva morada; es que aquel cumplió ya su mision dando un vástago y sucumbiendo despues, y luego los fenómenos criticos indican la expulsion del cadáver y los destrozos que ántes habia hecho el agente tifógeno.

Hé aqui los períodos ó edades de una vida que se cuenta por semanas. Durante estos periodos pasan la germinacion, la infancia, la pubertad y edad adulta, la reproduccion, á la que sucede una rápida senectud y la muerte. Hé aquí que por sus hechos conocemos al miasma. Unos han creído verlo y le llaman *bacillus tifosus*, otros no lo han logrado, confundido como está entre las bacterias y otros microbios; pero muchos creen, con la mayor suma de probabilidades, que el repetido miasma, no es un gas único y especial, que envenenando á la economía, produce los sintomas del tabardillo, sino que es un sér que nace,

crece, se reproduce y muere. Las condiciones aparentes en las cuales nace, lo indica la etiología.

Siendo con la mayor probabilidad, según lo expuesto, los gérmenes morbógenos de las enfermedades miasmáticas, las celdillas que producirán seres dotados de una vida animal ó vegetal, las leyes fisico-químicas que determinan las funciones que den á conocer esa vida, deben ser como en los otros seres, uniformes é indispensables para la conservación del individuo por un tiempo definido para cada uno y para la conservación de la especie. Cada una, nos enseña la Historia Natural, escoge su medio propio, ó mejor dicho, la naturaleza coloca á la especie en las condiciones mejores para la prosperidad, y si la especie es trasportada fuera de su lugar, puede suceder: ó que se aclimate y se haga después indígena, ó que sucumba ántes de propagarse, ó que vaya degenerando. Cosas semejantes pasan con los miasmas, y fijando ahora la atención en el del tifo, vemos: que están siempre manifestando la conservación de la especie, los efectos que son comunes en comarcas que tienen el triste privilegio de proporcionarle medios apropiados para mantener su existencia, y cuando hace sus emigraciones, siempre es porque en los lugares que recorre, va encontrando condiciones propicias para su propagación: así en Europa, la Irlanda y la Silesia son los países en donde se conserva el tifo y de donde se reparte á diferentes puntos cercanos, ó que mantienen relaciones con aquellos lugares, luego que influencias marcadas preparan convenientemente los medios que hagan prosperar el germen tifógeno.

La mesa central del Anáhuac, algunos lugares de los Estados Unidos y de la América del Sur, son en el Nuevo Continente los países en los cuales brota espontáneamente la especie del reino orgánico, que es conocida por sus efectos nocivos sobre el hombre y algunos animales, determinando una fiebre de ciclo continuo y de caracteres constantes cuando marcha regularmente.

El tifo no es una enfermedad de las ciudades; nace de un germen que existe en todas las comarcas en que habitan el hombre y los animales domésticos; siempre que las localidades estén en condiciones climatéricas convenientes para criar un medio apropiado para el desarrollo de dicho germen, y parece que hay una contraposición entre la enfermedad que estudio y la fiebre tifóidea, de manera que en las partes del mundo en que ésta es endémica, no lo es el tabardillo y al contrario; y sin embargo, no por esto debe entenderse que una afección excluye á la otra: en París no desconocen los médicos al tifo, y aquí muchos han tenido oportunidad de presenciar la dotinenteria. Además, entre las notables diferencias que se encuentran comparando ambas enfermedades de un mismo género, hay una digna de llamar la atención, y es: que la tifóidea respeta á las pequeñas aldeas, á las fincas rústicas, y en las grandes ciudades no hace su

mayor número de víctimas en sus ciudadanos aclimatados: mientras que para el tifo no están garantizados para librarse, ni los lugares purificados por un aire embalsamado por abundantes vegetales, ni los altos, ni los bajos, ni los pueblos, ni las ciudades de la zona en que domina el tifo, y nadie está seguro de los que la habitan, ya sea que fuere recién llegado ó antiguo en ella; así es, que endémico ó epidémico el tabardillo, por desgracia tanto lo conocen en las haciendas, por más bien ventiladas que estén, como en los pueblos de recreo, en las ciudades como en la humilde choza reclinada en la falda de una montaña, y en esto se parece al sarampion, á la escarlatina y á la viruela, para cuyas enfermedades nada sirve de defensa, si no es en la última la vacuna. La tifoidea que yo sepa, no se aventura á viajar, es verdaderamente ciudadana, y hasta hoy no se ha hablado de epidemias emigradoras de fiebre intestinal. El tifo gusta de hacer víctimas también en los ganados, principalmente en el vacuno; pero no está bien averiguado si es posible que pase de los animales al hombre y de éste á los otros. Parece que la fiebre tifoidea una vez tenida, no preserva del tifo, ni éste garantiza para no adquirir aquella.

El tifo reina en toda la mesa central de México y en los escalones en donde la temperatura no es mayor de la templada; y aunque carecemos de datos suficientes, parece ser una verdad, que en las comarcas en donde el terreno y la temperatura ocasiona endemias de fiebres palúdicas continuas, además de las intermitentes, no se observa el tifo, ó si acaso es con mucha rareza. Cuando el tabardillo es endémico abundan más los casos durante la seca, sin dejar de presentarse esporádico en la estación de las lluvias. Si las circunstancias que he apuntado en el artículo anterior ocasionan la propagación en forma epidémica, la calamidad sigue sin importar nada la estación, sea ó no apropiada, y viaja y se encarniza con los que encuentra en su paso, sin respetar sexo ni edad, olvidándose sin embargo de los niños que no han pasado su primer año de vida, pero algunas veces, aunque raras, suelen verse casos en esa época de la existencia. La guerra, con todas sus consecuencias, es la que siempre, podemos decir sin excepción, ha causado en la República epidemias desoladoras, que caminan sembrando el luto por donde pasan los cuerpos beligerantes.

El pauperismo, por sus consecuencias, es una de las causas más principales de la propagación del tifo y de la formación de pequeñas epidemias, que se observan en las rancherías, pueblecillos y barrios de ciudades. En la clase baja, por la falta de educación, son más generalizados los vicios y desaseo, que hacen á los individuos más susceptibles para adquirir la enfermedad, porque los primeros, ayudados de la miseria debilitan las constituciones y el segundo hace más infectos los cuerpos y las habitaciones. La ignorancia de esta misma clase, sosteniendo y extendiendo las preocupaciones, ni dejan de estar, aún sin necesidad, cerca de los enfermos, ni faltan á los *velorios*, en cuyas fúnebres orgías se amontonan las personas cerca del cadáver, permaneciendo sin dormir, comien-

do poco y bebiendo mucho durante veinticuatro y hasta cuarenta y ocho horas, para despues emprender tras de la caja mal cerrada, y bajo los ardientes rayos del sol, una marcha prolongada desde la casa mortuoria hasta el cementerio; la miseria hace necesariamente imposible el cambio de ropa en los febricitantes, y la única manta que abriga al enfermo, acumula los gérmenes que son desparramados hácia los asistentes en cada movimiento brusco del tifóideo. Por tales motivos casi no hay año en que deje de haber casas de vecindad en las que se observan especies de epidemias aisladas, aun cuando en lo general la enfermedad no salga de los límites de endemia; con mayor razon en los tiempos en los que causas más extendidas influyen sobre el pueblo determinando una verdadera epidemia. En 1875 tuve ocasion de presenciar escenas lamentables en muchas casas de vecindad del barrio en donde vivo, y me acuerdo con pena de una, de la cual la policia sacó para el hospital cuando ménos, uno de cada cuarto y en uno de estos habitaba la familia compuesta de cinco adultas y un niño de cinco años que fué el único que escapó. En el mismo año, supe que en una hacienda de las inmediatas á Tulancingo, su rancheria compuesta de más de ochenta individuos quedó desierta, y el propietario me refirió que la propagacion del tifo se debió en gran parte á los *velorios*, y los infelices indios eran tan rudos, que alguna vez quisieron amotinarse porque se trató de impedirles que se reunieran los sanos en las casas en que habia cadáveres. Todo este tiempo de desastres duró á lo más un mes: cuando el Ayuntamiento de Tulancingo nombró una comision de facultativos para que investigaran los motivos de tan funesta propagacion, apénas habia cuatro ó cinco enfermos, restos de la poblacion, que toda habia sucumbido sin admitir más auxilios que los de los curanderos.

Por lo expuesto se deja entender, que creo que la enfermedad que me ocupa es contagiosa; pero para evitar en mi trabajo todo lo que pudiera alargarlo, debo decir de una vez, que los casos que tienen todo el carácter de esporádicos, ó no son contagiosos, ó no lo son sino en un grado débil. Para prueba de esta asercion, son numerosos los casos en todos tiempos, siempre que no reinan influencias que favorezcan el desenvolvimiento de epidemias tíficas, que quedan aislados sin comunicar la enfermedad ni á los asistentes ni á los vecinos; pero si el mal nace de un foco ignorado, ó que sea conocido aunque no haya generalizacion de la fiebre en el cuartel ó en la ciudad, entónces puede desarrollarse una epidemia limitada en la que ya es evidente el contagio: así, por ejemplo, citaré hechos recientes, y semejantes los he visto desde que soy médico: en una casa de vecindad que visito con frecuencia, de patio estrecho, viendo su frente al Oriente, tenia un caño obstruido que dejó estancar el agua sucia en medio del patio: fueron enfermándose sucesivamente los miembros de una familia que habitaba el cuarto más inmediato al lago infecto: esto fué un estímulo para que el propietario pusiera el remedio al mal: parecia que habia cesado la plaga cuan-

do estaba en convalecencia el que habia caido al último, y entónces el padre, bebedor consuetudinario, se acostó para no levantarse; dos ó tres dias despues de esta catástrofe, se enfermaron en otro cuarto dos niños, uno de dos años y otro de once; ahora bien, estos niños adquirieron el tifo más de un mes despues de haberse limpiado el caño, y es casi, ó sin casi, seguro, que el mal no lo contrajeron por causa del foco primitivo de infeccion. Repito que conservo en la memoria casos parecidos, cuyos detalles semejantes no creo deba especificar. No sé si la epidemia aislada que en este año se presentó en el Hospicio, haya sido de la misma clase que la que he referido; pero si, es por desgracia evidente, que el malogrado Buiza fué contagiado en la enfermeria, que sin duda no era el lugar del primitivo foco de infeccion.

Considerando al contagio como causa muy principal de propagacion del tifo, no se necesita mucha reflexion para dejar de comprender el por qué de la rapidez de la extension de una epidemia de un cuartel pobre de la ciudad, pues todo el que penetra en la intimidad de las costumbres del pueblo, vé inmediatamente lo que pasa, y admira á la Providencia que detiene la plaga muchísimas ocasiones. Con excepciones por desgracia limitadas, los propietarios de las casas de vecindad de los barrios, cuidan muy poco de que se limpien los patios, y construidos los caños de una manera inconveniente, se deja que se azolven, quedando sin movimiento una agua cada dia más rica en materias orgánicas en descomposicion: en el zaguan, una caja asquerosa que contiene materias fecales y vómitos de borrachos y sabandijas muertas: las paredes de los cuartos, rarísima vez se blanquean cuando los desocupan los inquilinos, y quién sabe si el hollin con sus aceites empireumáticos sea, aunque horrible á la vista, lo que evita mayores males; sin embargo, no basta para alejar las chinches que perseguidas por los que las sufren, son aplastadas en las paredes; el piso de cada habitacion consiste en vigas de madera apolillada que dejan respiraderos por su mal ajuste, por donde se escapan vapores de caños subterráneos en algunos cuartos que tienen esa servidumbre de otras casas inmediatas, ó gases desprendidos de una tierra bastante húmeda, en donde muchos depositan basura y otras materias descompuestas ó fermentecibles, en donde los ratones viven y mueren, los insectos se hacen cruda guerra, y en donde, en fin, no es tan raro como era de suponerse, que placentas y fetos enterrados á flor de tierra, sirvan de pasto á los bichos, ántes de que los fermentos acaben de destruirlos.

Dirá alguno, ¿qué culpa tiene de esto el propietario? No será respuesta categórica, pero si es una verdad: que si tablones bien unidos y perfectamente clavados tapan un terreno apretado, se quitaba la ocasion para que abusara de ese modo el inquilino. Desgraciadamente está en el ánimo de cada uno de los propietarios de cierta clase muy arraigada, la idea de no reparar sus fincas: la razon no la alcanzo; pero si comprendo que todo capital en explotacion tiene que soportar pérdidas necesarias, calculadas, para poder ser reparadas con

parte de las ganancias, y así el que pone una tienda no se conforma con vender sus géneros hasta su agotamiento, sino que los va reponiendo conforme los va expendiendo. Se dirá que el dueño de una casa no puede soportar que en cada nuevo alquiler hiciera una reposición de lo que vecinos mal educados é inconsiderados destruyen, además de lo que el uso natural gasta; pero esto lo remediaria un bien pensado contrato de arrendamiento, la elección de materiales y la fuerte construcción. Tal vez esta digresión es inoportuna, pero si es de este lugar considerar como causas de predisposición á las enfermedades las faltas contra la higiene, y pecan contra ésta cada suelo, cada pared y cada techo de muchas casas de vecindad.

Las costumbres de los habitantes de estas horrorosas moradas siguen siendo, á pesar de la ilustración propia del último tercio del siglo XIX, como fueron en tiempos remotos, y aún peores, hijas de vicios que son casi congénitos. ¿Me extenderé en referir, cómo el padre de familia trabaja con afán el domingo, se bebe, sin exageración, veinte ó treinta cuartillos de pulque el lunes, aplica este día en su delirio sendos golpes á su mujer é hijos, trabaja flojamente cuatro días de la semana, toma en ayunas una taza de agua caliente con alcohol, come en compañía de los suyos tres ó cuatro platillos repartidos en dos horas del día, de guisos que contienen alimentos mal elegidos, que no contienen lo suficiente para reparar las pérdidas: hace durante toda la tarde trabajar á su estómago, ingiriendo cada rato cantidades más ó ménos grandes de pulque, y llegada la noche, y cerrada herméticamente la puerta del cuarto, se amontonan todos los de la familia tirados en el suelo, y duermen ocho ó diez horas el sueño de la asfixia? ¿Qué médico no ha penetrado á la media noche, en el verano, á uno de esos cuartos, llamado á consecuencia de una enfermedad repentina sobrevenida en uno de esos miserables? ¿Qué tormento padecen los pulmones al aspirar la primera bocanada de ese fuego infecto que sale de ese infierno: parece que se palpa la atmósfera, tan pesada se encuentra, y qué delicia se experimenta cuando sale uno á la calle y se encuentra ya libre de esa congoja? ¡Y este cúmulo de miasmas pestilentes, que parece que hierven en una caldera, lo respiran todas las noches, y si les llaman sus necesidades naturales, ó las alivian adentro dejando otro manantial de hedores, ó salen desnudos al patio á recibir una fuerte impresión fría, y continúan todos los días con la misma manera de vivir y de descansar esos desgraciados seres, ¡Artesanos honrados y morigerados, ¿teneis horror al tifo y á las enfermedades del espíritu? aconsejad á vuestros hermanos, puede ser que os oigan! Sociedades filantrópicas, introducid comisiones celosas en los barrios! ¡Propietarios tifóforos podeis contagiaros al cobrar el alquiler de vuestras casas! El tifo vive todo el año en alguno de los puntos del perímetro de la ciudad, pero no causa temor mas que cuando se pasea por el centro, cuando sucumben los conocidos! Hablando de etiología se adelanta unó y quiere remover las causas de las enfermedades: el fin de la medicina desea uno que sea el principio.

En el campo y en los pueblecillos, los infelices con ménos malicia ó con más ignorancia, se conducen tan antihigiénicamente como los de los barrios de la capital, conteniendo muchas de sus casas más abrigaderos de gérmenes nocivos, pues si las chozas no son de zacate son de adobe, y estando sin aplanar sus paredes llenas de huecos, absorben más. En estos individuos de afuera de las ciudades, el trabajo es más fatigoso y gasta las fuerzas sin la compensación de lo que produce una alimentación conveniente. Por esto las enfermedades de nuestra gente de campo los postran y agobian más que á los demás; especialmente las febriles tienden á precipitar; sobre todo á los indios, en la adinamia ó en la ataxo-adinamia, y no solo el cuerpo se abate, el espíritu se acobarda, y ántes que sobrevenga el delirio, un mutismo melancólico indica que la imaginación de esas pobres gentes, se está entreteniéndose con ideas funestas, y esto á pesar de la confianza, de la fé ciega que tienen respecto de la virtud, para ellos muy eficaz, de las drogas que les suministran y untan los curanderos; si no fuera así, varios individuos morirían en el primer periodo del tifo. Es notable la influencia que sobre la moral tienen los miasmas sobre los individuos de raza indígena: *una herida en el vientre con salida de los intestinos, mutilaciones horribles hechas por la metralla, no acobardan á nuestros soldados*, mientras que los síntomas de las enfermedades eruptivas los entristece doble ó triplemente que á los de otras razas, lo que prueba que el vigor constitucional es mucho menor en los indios, y seguramente por este motivo, hacen más estragos las epidemias de tifo, escarlatina, etc., en los pueblos y rancherías, pero contribuye mucho para que sea así lo que pierden con el trabajo y lo poco que reparan con sus pobres alimentos.

El no extenderme en hablar de la importancia que en la etiología de las epidemias tiene la poca atención en el cumplimiento de las reglas que prescribe la higiene pública, proviene de que bastante se ha predicado en la prensa política y en la científica, enalteciendo la utilidad del aseo de las ciudades, de la extinción ó alejamiento de los focos insalubres, de la conveniente canalización, de la purificación del aire por medio de bien dispuestas plantaciones de árboles, de la colocación y construcción de los edificios, que por necesidad deben contener muchos habitantes, de las reglas á que todos deben someterse para construir los albañales y letrinas, de lo que es preciso hacer por todos, una vez dominando una epidemia, etc., etc. Y bastante se ha dicho respecto de los males que están viniendo desde hace mucho tiempo por el descuido que ha habido para realizar todas las conveniencias que, sin redundancia se puede decir, son tan necesarias para la salubridad pública.

En la parte más alta de la Mesa central, los habitantes están sometidos á influencias variables de temperatura y de presión en todas las estaciones, pero principalmente en las transiciones de una á otra; así es que las diferencias muy notables que se encuentran entre la máxima y la mínima de la temperatura á la

intemperie y al abrigo, son de grande consideracion en numerosos dias del año, de lo cual resulta que en el verano, aunque la mínima no sea baja respecto de la máxima, que ha sido muy alta (muchas veces poco menor que la de la Costa), la diferencia es notable, y por tanto relativamente hay un enfriamiento que influye desfavorablemente en las naturalezas: pues si esto pasa cuando la temperatura parece más constante, mayor será en la primavera el desequilibrio en la economía, puesto que entónces las variaciones son más bruscas. Estos cambios atmosféricos se notan mucho más de algunos años á esta parte, debido tal vez á la tala abusiva de las arboledas, de que tanto se ha hablado en todas partes, pues ateniéndome á mis recuerdos y á los informes de personas ancianas, los vientos que ántes eran propios de tiempos determinados anteriores y posteriores á los equinoccios, en la época actual son y muy molestos, de todas las estaciones. Las lluvias no son tan seguras ni tan constantes en su estacion, porque vienen ya pocas nubes, y muchas veces éstas son disueltas ó arrastradas por esos vientos extemporáneos. Estas anomalías trastornan tanto nuestras naturalezas, que sus efectos nos producen malestar, y guardamos en muchas horas del año un estado, que se podría decir que es un medio entre la salud y la enfermedad. Mas estas circunstancias nocivas son mas grandes en la capital, en donde la aglomeracion de gente y todos los pecados públicos y privados en contra de la policía médica, vician la atmósfera, sin que numerosos medios contrarian las perjudiciales consecuencias de tales pecados.

Vemos, pues, que causas individuales y generales muy poderosas y muy eficaces, favorecen la predisposicion á recibir y dejar desarrollar y fructificar los agentes morbígenos de enfermedades miasmáticas, y que allí, en donde los gérmenes están constantemente esperando la oportunidad de prosperar, no han de despreciar las ocasiones en las que, una combinada accion de causas apropien á sus necesidades los medios que activen su ovolucion, y como el miasma tifógeno existe constantemente, no importa que muchas veces esté en un sueño letárgico, así como durmieron cerca de diez y ocho siglos las semillas debajo de las lavas de Pompeya: si éstos granos, luego que fueron sacados al aire y sembrados prendieron, así luego que el aire saturado de las emanaciones que se escapan de un lugar infecto, ya sea una ciudad sitiada, un establecimiento en el que las condiciones higiénicas sean malas, una letrina descuidada, etc., alimento, digo, ese aire, al gérmen aletargado, vivirá, se reproducirá repartiendo semillas que irán á prender en los individuos que las absorban, y se irán sucediendo generaciones, hasta que las condiciones atmosféricas é individuales se vuelvan en contra de la reproduccion, pero siempre quedarán frutos que conserven su aptitud á la vida. Así es que por desgracia el gérmen tifógeno desde hace siglos se mantiene en actividad, si no siempre en toda la extension de la zona tífica, en algun punto de cada ciudad ó de cada comarca habitada, y espera siempre la oportunidad para extender su dominio, que es cuando la endemia se convierte en epidemia limitada ó generalizada.

El tifo exantemático ó tabardillo, es en México muy semejante en sus manifestaciones al de Europa, y las descripciones que conocemos estampadas en los trabajos extranjeros, conviene en muchos puntos con lo que vemos en nuestro país. Así la duración de la enfermedad, y su división en cuatro periodos bien marcados, es exactamente la misma. El periodo de incubación variable en todas partes en su duración, pero que no pasa de quince días, realmente primera época de la enfermedad, nos lo oculta la naturaleza, porque entónces se goza de una verdadera salud; la invasión y desenvolvimiento de la enfermedad constituyen el segundo periodo de siete días de duración, y otros siete días en que los gérmenes convertidos ya en individuos adultos, gozan de la facultad de la reproducción, que es el tercer periodo del tifo, suman los catorce días durante los cuales se manifiestan las señales de la lucha de la naturaleza en contra de la causa. El cuarto periodo, variable en sus manifestaciones, según sean los individuos tifoideos ó las circunstancias que les rodean, es ó el principio de la convalecencia franca, ó el de una reparación mal conducida, y mientras se verifica ésta bien ó mal, existen peligros de complicaciones. Este periodo último es, como el primero, variable en su duración, y entónces gérmenes tiernos, que ya empezaron á salir en el tercer periodo, se desprenden con más abundancia del cuerpo del tifoso, y entónces es la época de la mayor contagiosidad.

Pero si es posible recoger los principales síntomas que caracterizan en cada periodo á la fiebre que me ocupa, para irlos apuntando en el cuadro que ha de figurar en la patología interna, es imposible hacer entrar las anomalías por falta ó por exceso en las manifestaciones sintomáticas, y entónces el clínico se encarga de investigar por qué en un individuo la enfermedad se presenta de una manera y en otro de diferente modo; por qué en una epidemia dominan tales ó cuales formas y en otras diversas de aquellas. Esto sucede con todas las enfermedades; pero el tifo es una de las que más recibe modificaciones, debidas á infinidad de circunstancias dependientes del individuo, de las estaciones, de la localidad, de la influencia epidémica ó endémica dominantes, y las variaciones se encuentran á cada paso desde los síntomas prodrómicos hasta los fenómenos críticos y las complicaciones. ¿Cuántas veces nos ha pasado encontrar en un cuarto dos enfermos en la apariencia idénticos en las manifestaciones sintomáticas, aproximativamente de la misma edad, igualmente cuidados y sometidos al mismo tratamiento, y uno salva y el otro sucumbe, ó uno entra en convalecencia al décimocuarto día y otro mucho despues? Si se ha dicho y con razón que el clínico debe ver ó estudiar á los neumónicos y no á la pulmonía, con mayores motivos debemos decir que el clínico debe estudiar á los tifosos más que al tifo. El médico filósofo tiene que sacar consecuencias muy provechosas para la humanidad, si además de estudiar á los tifosos investiga la razón de la numerosa variedad de manifestaciones y de la diversidad de modalidades que al tabardillo le hacen ser una enfermedad más ó ménos anómala, y por tanto más

ó ménos difícil de tratar. Permítaseme, para facilitar más la expresion de mis ideas respecto de este punto, citar á las fiebres palúdicas: si éstas se presentan sencillas, sin disfraz, pueden ser conocidas y por consiguiente curadas más fácilmente en tres ó cuatro dias: si al contrario una anomalia, que dependa de la causa del individuo, puede ser motivo del error del diagnóstico tiene que ser fatal, si esa anomalia determina la perniciosidad. El patologista y el clínico han previsto esto, y lo anuncian para que el médico sepa conducirse con precaucion; pero es difícil que abarquen todo lo factible, si no se van reuniendo todos los hechos anómalos que se encuentren: este trabajo encomendado á muchos servirá para hacer en el porvenir el mejor estudio de las probabilidades que harán aproximar el juicio á la verdad, y asi dado un caso que por tales causas, por cualesquier circunstancias y por observarse en una época conocida, por las influencias reinantes, ha presentado signos de perniciosidad, se puede ya seguir un tratamiento que convierta la enfermedad perniciosa en una benigna, porque aunque hoy es cierto que muchas intermitentes casi mortales, se curan con la quinina, tambien es verdad que la sal de Pelletier en casos numerosos es impotente.

Veamos un ejemplo elocuente, que llamándome fuertemente la atencion, me hizo recordar otros semejantes: Un niño de dos años recibió un golpe en una bosa frontal: pasada una semana despues del accidente, un dia en la tarde, un gravísimo acceso de eclampsia precedió á una calentura que continuó hasta la mañana siguiente. Vómitos repetidos durante la noche, el acceso de eclampsia y el antecedente de la contusion en la cabeza, me hicieron temer que comenzara una enfermedad séria del cerebro; prescribí calomel á dosis refractas, alternando con bromuro de potasio, una lavativa drástica y uncciones á la cabeza con unguento napolitano. A la misma hora que en la vispera, un nuevo acceso de eclampsia, *pero de menor intensidad*, se presentó en este dia, y esta circunstancia me hizo mandar sulfato de quinina. Unas ligerísimas convulsiones en el tercer dia, á la hora igual que en los anteriores, me confirmaron en el juicio que me formé la vispera, de que se trataba de una enfermedad paludeana anómala y grave; pero lo notable en esto es, que sin tratamiento específico establecido entre el primero y segundo acceso, y si con uno que demandaron los primeros síntomas y los antecedentes, la perniciosidad comenzó á perder terreno, lo que prueba que la temible anomalia en la primera manifestacion del paludismo no dependió de la calidad del miasma, sino de la accion de éste sobre un órgano impresionado por un golpe, é impresionable por la edad, época del desarrollo del cerebro: el tratamiento primero aunque duró poco tiempo, modificó la impresionabilidad del sistema nervioso, cerebro-espinal, y moderó la gravedad de la accion del veneno palúdico sobre un aparato tan noble. Como este caso tengo otros dos notables que tambien son elocuentes en la cuestion de la perniciosidad.

(Continuará.)